

el ascidio, fué sellada en la mesa con una vieja botella de Campiglione.

—¡Al gobernador De Beaulieu!—dije levantando mi copa.

Y el Comandante, poniéndose en pié con rapidez, repuso con voz vibrante y cordial acento:

—¡A los expugnadores de Santa Brígida!



EL FUERTE DE FENESTRELLE



EL FUERTE DE FENESTRELLE

Pinerolo, Setiembre 1883



izo sonar el látigo el cochera y los caballos partieron alegremente estimulados por la primera luz del día, que plateaba el Monviso.

Un viaje de Pinerolo á Fenestrelle en aquella bella mañana, fresca y serena, en compañía de mi hermano Giacosa, es uno de esos placeres... el único, que podía hacerme levantar ántes que el sol.

La campiña se despertaba apénas, y los ilustres monges y el buen Francisco de Sales dormían aún entre los muros de la Abadía de Adelaida. Más allá, el puente de Napoleón estaba desierto; alrededor de Turina, donde combatió el bravo Capraza, todo callaba, y entre las hermosas canteras de

Melanaggio, de que Dios nos libre, no había alma viviente.

Empezamos á ver algunas aldeanas valdenses con sus blancas cofias de viejecilla, limpias y aseadas, junto á la aldea de San German, en medio de aquellas graciosas montañas cubiertas de viñedos en la falda, de encinas y de hayas más arriba, bajo las que discurren al despuntar el día, con los libros bajo el brazo, los rapazuelos que van á la escuela del maestro ambulante, en las solitarias aldeas de la cumbre.

Desde aquel punto en adelante encontramos el valle animado por los cien rumores dispersos y lentos, de carretas, ganados, campanillas y cantinas solitarias que acarician los oídos y tranquilizan el corazón como el reposado canto de una madre que trabaja.

Hé allí Villar-Perosa, albergue del Rey, que muestra en medio del verde, su pequeña copia blanca de la Basílica de Superga; hé allí el florido prado de Pinasca, donde se recogió, arrojando sangre por la boca, con el pecho atravesado por una bala católica, Janavel, el héroe de los valdenses, escapado á la matanza de Val de Angrogna....

Pero, verdaderamente, la vista de aquellos lugares, en vez de las antiguas batallas, traía á mi mente

los discursos que había oído el año anterior, el día de la fiesta de la inauguración del tranvía; discursos de alcaldes campestres, de industriales y de maestros, sonatas originales de retórica rural, interrumpidas por salidas intempestivas de la banda de música, ó por imprevistos síncope de miedo. Parecíame sentir de nuevo aquellas trémulas voces y mirar aquellos rostros pálidos en medio de los campesinos vestidos de fiesta y las aldeanas engalanadas de flores, que hacían un corro á la ancha cara dictatorial del Senador Bertea.

Mientras el carruaje corría, venían á mi encuentro todas aquellas frases, como una bandada de esos pichones negros que echan á volar por la plaza los vendedores de *números buenos para la suerte*. Y ponían en fuga mis recuerdos históricos.

Pero mejor era así, porque no es prudente pelear con la naturaleza que, de cualquier modo, acaba por vengarse siempre de los que describiendo paisajes aplican una fecha á cada árbol y un nombre á toda piedra. Y luego ¡el valle de Chisone es tan bello en aquel punto!

Pasado Pinasca, se estrecha, se oscurece; álzase por una parte grandes rocas negruzcas, cubiertas de líquenes, y toma aquel aspecto particular de tristeza de los valles angostos y tranquilos donde parece

que la naturaleza prepara en silencio alguna sorpresa; los viajeros se recogen y callan sin fijarse en nada, mirando hácia adelante con vago sentimiento de espectacion.

La sorpresa está cerca, en efecto. El valle vuelve á ensancharse poco á poco, la vejetacion se hace más exuberante, se levantan amenas colinas, menudean las casas, pululan muchachos por todos lados y aparece una ancha cuenca circundada de rocas pintorescas y de risueños campos cultivados, poblada de jardincitos y de quintas, en la cual blanquea y lanza su humo Perosa. Allá en el fondo, se abre por un lado el valle profundo de Fenestrelle, por otro, el solitario valle de San Martin, y guardando la entrada, la aldea de Pomaretto que parece un monton de casas rodando desde la altura.

¡Oh, qué sitio tan fresco y encantador para ir á ocultar unos amores ó para pensar una novela! *Un rincon del Paraíso entre los Alpes*, le llama un poeta español que allí combatió con sus compatriotas en 1693. Allí tenfan un castillo de límite los Príncipes de Acaia. Por allí pasaron, acamparon y pelearon cien ejércitos, desde los romanos de la República hasta los franceses del Imperio. Allí se fabricaban dulces licores,

buenas sedas, hermosas muchachas y bizarros soldados...

—¡Animo! Hagamos un soneto mientras cobran aliento los caballos—me dijo Giacosa.

Pero despues de haber echado fuera once sílabas cada cual, esperando que saliera el resto con igual facilidad, tuvimos que detenernos: era demasiado temprano. Las ruedas de la máquina poética se atascaban enmohecidas por los vapores nocturnos. Era preciso resignarse y continuar hablando en prosa como el Sr. Jourdain de Molière. Pero no por esto parecieron afigirse las montañas vecinas.

*
* *

De Perosa en adelante, los montes se estrechan de vez en cuando, de manera que el valle parece cerrarse y hace creer que será preciso volver hácia atrás los caballos.

El camino serpentea unido al torrente; salta sobre las rocas, pasa en medio de casuchas chatas y mudas que dan la imágen de una vida de tristeza y de fatigas, atraviesa oscuras rinconadas de siniestro aspecto que hacen pensar involuntariamente en viajeros robados y degollados, flanquea molinos de piedra movidos por anchas venas de agua, recorre trozos sombreados por espléndida vegetación, donde florecen los geráneos, y flores selváticas, céspedes de rosas salvajes, que tienen la desventura de arrancarnos de la boca las primeras exclamaciones.

Poco ántes de Perosa pasamos junto á la enorme roca de Bec-Dauphin que señaló los confines entre Francia y Saboya, y que por un momento pendió casi toda sobre el viajero, con aire de decir:

—¡Si se me vá la cabeza!

Después, entramos otra vez en la espesura, en medio de nogales y castaños enormes que proyectan una sombra profunda de gruta, suscitándose con este motivo, entre mi amigo y yo, una antigua disputa sobre la belleza comparada del castaño y de la palma.

Hé allí la pensativa aldea de Meano; hé allí los primeros fresnos, los montes yermos y despoblados, las altas cimas cónicas, las moles rotas y hendidas, las sutiles agujas cinceladas que se elevan enhiestas en el aire, teñidas de violeta, variadas por sombras limpias y vigorosas sobre un trozo de terreno casi vírgen, donde se encuentran voces y costumbres romanas que nosotros vituperamos.

Los aspectos propios de la montaña van tomando forma y color cada vez más visible. Los castaños desaparecen, las pequeñas coníferas se achatan, las piedras y guijarros se amontonan, el Chisone, achicado, salta entre grandes peñas unidas por rústicos puentecillos que recuerdan el modelo escolar de paisaje montañoso, el fondo del valle se colora de un verde más unido y más vivo. Cada vez se hace preciso torcer más el cuello para llegar con la mirada á las altísimas cimas, salpicadas de casitas, apenas visibles, semejantes á cabañas de anacoretas,

y de manchas de nieve y restos blancos de avalanchas de hielo que parecen manteles olvidados en una cena de alpinos.

Nos encontramos, finalmente, en la montaña *verdadera*, como dice Giacosa, que me reprochaba siempre, no haber visto jamás más que montañas *falsas*. El aire agradable, la sonoridad del agua, las flores de color vivísimo, el perfume de la *lavándula spica* y de la *nepeta nepetella*, nos lo anunciaron. Flanqueamos todavía á Mentoulles al que preguntamos, al pasar, si había dormido bien Francisco I, y vimos á la parte de allá del torrente, la selva de Chambon, la más bella de los Alpes, extensa, espesa, oscura, como una multitud innumerable de gigantes apiñados sobre las colinas y los flancos de la montaña, que aguardan un mandato misterioso para bajar é inundar el valle é invadir el Piemonte.

*
*
*

Pero ya de léjos habíamos visto uno de los más extraordinarios edificios que pueda haber imaginado jamás un pintor de paisajes fantásticos. Una especie de gradería titánica, una cascada enorme de murallas y escaleras que, desde la cima de un monte de unos dos mil metros de altura, desciende hasta el valle, presentando el contorno de uno de aquellos extraños colosos arquitectónicos que veía Gustavo Doré, con sus grandes ojos de mago. Era la imagen de un vastísimo claustro, ó de un desmesurado templo de Cheope ó de un palacio real de Babilonia; una maravilla verdadera, que no se parecía á nada de cuanto yo había visto desde Granada á Constantinopla.

Quien no supiese lo que es, se dejaría llevar á los más extravagantes delirios; le parecería encontrarse junto á los confines de una nueva civilización, donde reinase una arquitectura desconocida y un arte militar de otros siglos. Es un amontonamiento gigantesco

y triste de construcciones que presenta no sé que aspecto mixto de bárbaro y sagrado como una necrópolis guerrera ó una roca monstruosa levantada para detener una invasion de pueblos ó para contener con el terror á un millon de rebeldes. Una cosa estraña, grande, realmente bella; uno de esos espectáculos ante los cuales se experimenta en el primer momento, un sentimiento de placer vivísimo pensando que la impresion que os deja no se borrará jamás, y que gozaremos despues mil veces al experimentarla y al hacerla sentir á los amigos.

Y todavía fué más grande la impresion cuando llegamos al pié de la montaña, y nos encontramos ante el fuerte de Carlos Alberto, colocado sobre el Chisone, atravesado en el camino, como un castillo antiguo que intercepta el paso, con su poderoso rastrillo suspendido sobre el puente levadizo, con mil bocas de barbacana, de cada una de las cuales parece que debe salir una voz amenazadora para pedir los salvo-conductos.

Giacosa sentía resonar dentro de sí todos los ecos armoniosos de su Edad media. Se diría que aquel fuerte lo ha dibujado y puesto allí un poeta, no un coronel de ingenieros. El soldado de infantería que hacia centinela en el porton, disonaba entre aquellos muros,

como una frase de ordenanza en medio de una octava de Ariosto.

El carruaje pasó sobre el puente que se estremeció rudamente como resentido de una ofensa, y echó á andar en seguida hácia Fenestrella.

Por buen espacio de camino, volviéndonos atrás, veíamos toda la vasta fortaleza que se levantaba majestuosamente sobre nosotros: un desorden grandioso de edificios derruidos y oscuros, sobrepuestos tortuosamente, como si treparan por la montaña sirviéndose de la espalda como escalon; murallas inclinadas en cien direcciones de las cuales no se comprende á primera vista el objeto; techos coronados por otros techos, aprisionados entre los baluartes, rocas que surgen por encima de las plataformas, fortines que levantan la cabeza sobre las rocas, erizados de pararrayos, acribillados de barbancas, flanqueados por escaleras, apiñado todo como las ramificaciones de un laberinto de piedra todo ángulos agudos y rampas; fortaleza como no se vió jamás, en fin, que parece compuesta de muchas fortalezas amontonadas, unidas al acaso, tumultuariamente construidas en lo fuerte del peligro en cien ocasiones diversas, ó intrincadas de aquella manera, sin ley, á propósito para marear la cabeza de los asaltadores.

Una vista—créalo quien no la ha contemplado,—capaz de despertar el deseo de componer un baile histórico *fenestrellano*, únicamente para colocar en el telon de fondo aquella escena, que haría la fortuna de un empresario.

Gustando anticipadamente con la imaginacion el placer de penetrar entre aquellos terribles misterios, llegamos á la pequeña y jóven ciudad de Fenestrelle.

Estaba deseoso de ver aquella ciudad solitaria, despues de haber oido hablar de ella tantas veces á empleados y oficiales frioleros, que, con lúgubre voz, lamentaban su invierno de nueve meses y la describían como una aldea perdida de la Groenlandia.

Así es, que quedé maravillado al recorrer aquella única calle estrecha y tortuosa, á lo largo de la cual se levantan sus casitas. Tiene el aspecto de un pueblecillo holandés, tan alegremente pintarrajeado se encuentra por todas partes. En todo saliente de los edificios véanse flores, y las paredes, balcones, barandas, marcos de ventanas y batientes de puertas, todo está pintado de colores vistosos y frescos, cual si allí tambien, como en Holanda,

tendieran á consolarse de la tristeza del clima, con la alegría del pincel.

Para que la semejanza resultara mayor, nos apeamos en una curiosísima hostería de la *Rosa encarnada*, que tiene junto á ella la entrana especie de departamento destinado á Teatro de Pulchinel-la, tapizado de mil colores, adornado con mil retazos; sobre el porton un facsímile de linterna china; en el patio, alrededor de las cuatro paredes, los retratos de los grandes italianos, cabezas de ángeles bajo los balcones, vasos decorativos sobre la puerta, pinturas alrededor de las ventanas, autómatas colocados en medio de las fuentes, toda clase de adornos de barracon de féria, de un gusto perverso y chillon, que parecen imaginados por un muchacho ó por un loco; y por fin, dos gatos blancos como la nieve, con dos pares de ojos de un azul tan maravilloso que hacen sospechar si tendrán en el cuerpo los espíritus cabalísticos de los dos aquelarres de los Alpes.

Por lo demás, allí se encuentran truchas de padre y señor mío, un zumo de uvas y un licor de *flores del prado de Catinat*, que harían digerir una bala rasa.

Toda la ciudad es curiosa de igual modo: pintada de distintos colores y alegre á primera

vista pero recogida en sí misma, para conservar el calor y la sombra, temerosa casi de los montes altísimos que la dominan por todos lados.

A cada paso se encuentran soldados con trajes de lienzo, caras bronceadas de alpinos, sonrosados rostros de montañesas y una pareja de guardia-civiles que fijan en vosotros una mirada, profunda: una mirada de *servicio de frontera*.

de comandante nos dió por escolta, movido á piedad de nuestras pesadas personas, nos preguntó cortesmente si queríamos subir por la escalera cubierta ó por el camino exterior, que es menos fatigoso. Pero nosotros respondimos con el incauto atrevimiento de quien acaba de levantarse de la mesa:

* * *

—Por la escalera cubierta.

—Está bien;—repuso el sargento con cierta risita que quería decir:—Os arrepentireis pronto.

Y echó á andar por un oscuro pasadizo, haciéndonos seña para que le siguiéramos.

Despachadas las truchas, subimos hácia el fuerte de San Carlos, por el cual se entra en el recinto de la fortaleza. Atravesamos otro puente levadizo, en medio de murallas enormes y formidables baluartes: todo gris, frio, áspero, capaz de infundir miedo.

—Se vé que nada de esto—decía Giacosa,—ha sido hecho con buena intencion.

Al entrar, vimos de pasada los pabellones de oficiales, la capilla, el hospital, la cárcel, la habitacion del gobernador, un grupo de malhumorados edificios que se miran poco benignamente, á través de los párpados entornados de sus ventanas, y nos dispusimos á verificar la ascension de la formidable escalera de cuatro mil peldaños, abiertos en roca viva y cubierta por una bóveda á prueba de bomba, que vá desde el fuerte de San Carlos hasta la cima del monte.

Un simpático sargento de artillería que el ama-

ble comandante nos dió por escolta, movido á piedad de nuestras pesadas personas, nos preguntó cortesmente si queríamos subir por la escalera cubierta ó por el camino exterior, que es menos fatigoso. Pero nosotros respondimos con el incauto atrevimiento de quien acaba de levantarse de la mesa:

—Por la escalera cubierta.

—Está bien;—repuso el sargento con cierta risita que quería decir:—Os arrepentireis pronto.

Y echó á andar por un oscuro pasadizo, haciéndonos seña para que le siguiéramos.

Subimos un primer tramo de piedra, con el paso alegre de quien vá á un tercer piso á hacer una visita galante.

—Llegaremos á la cima sin sentirlo,—decíamos.

Pero cuando á aquel primer tramo sucedió el segundo y á éste el tercero, y al tercero el cuarto, de cien escalones cada uno, entonces empezamos á echar un poco atrás los cuernos del orgullo, *como hace el caracol*.

—¡Dios mío!—nos decíamos,—nadie nos corre, podemos subir cómodamente, y mientras tanto hablaremos.

En aquel instante se presentaba á nuestra vista una larguísima escalera de más de ciento cincuenta peldaños, grises, rígidos, empinados, que parecían decirnos:

—Nos asaltareis.

Espolcamos los zapatos, y jarriba con fuerzal. Las bromas nos ayudaban. Nos divertíamos in-

ventando suplicios atroces para ciertos críticos amigos nuestros. Uno de ellos fué condenado á ganarse la vida haciendo de camarero en un hotel imaginario que tenía la cocina en el fuerte de Cárlos Alberto, y el comedor en la cima, lleno de parroquianos impacientes.

Pero la conversacion tirada duró poco tiempo. Las escaleras son sombrías, siempre iguales, alumbradas escasamente, á intervalos, por barbacanas altas y estrechas; escaleras de convento ó de cárcel, por las cuales espera uno encontrar á cada momento hermanos desecados ó prisioneros de Estado en cadena. Pasando junto á las barbacanas, veíamos fugitivamente los fuertes sobrepuestos, otras barbacanas, otros muros amarillos, patios tristísimos, y más allá los montes cercanos, negros por los pinos, que cubrían el cielo.

Alguna maldita gota que empezaba á deslizarse sienés abajo, nos prometía una sudada memorable. Giacosa, por distraerse, empezó á contar los escalones; pero ántes de haber contado trescientos, desconsolado ante el pensamiento de que todavía nos quedaban más de tres mil, se puso á busear nuevo pasatiempo.

—Vamos, vamos,—nos decíamos uno á otro;—todo tiene un fin sobre la tierra.

Y precisamente entonces, á una revuelta, se desarrollaba ante nosotros una nueva formidable escalera tan empinada y siniestra, que nos miramos uno á otro con esa particular expresion del semblante que pudiera llamarse la sonrisa del terror.

Pero el sargento que iba delante, ágil, subiendo de dos en dos y aun de tres en tres los escalones, como una criatura independiente de las leyes de gravedad, seca la cara, que no parecía sino que había llegado en aquel momento por la vía *funicular*, nos arrastraba hácia arriba por el gancho del amor propio.

Ciertos trozos de escalera eran más claros y se subía por ellos con placer; otros, oscuros como túneles de ferro-carril, parecía que penetrasen en las vísceras de la montaña y nos obligaban á agarrarnos á los muros. El aspecto singular del sitio nos atraía: la luz escasa, el color de las paredes y de la bóveda, la soledad, la tristeza, me traían á la mente el Escorial.

A cada rellano, deteniéndonos á tomar aliento, veíamos de un lado una interminable escalera que se hundía bajo nuestros piés perdiéndose en el oscuro ahujero; del opuesto, otra escalera sin fin, de la que, la bóveda escondía la altura, y á la cual parecía que no se podía subir sino á gatas.

Y sube que sube. A los peldaños rectos suceden los peldaños inclinados; á los trozos de escalera, trozos de rampa; despues empezamos otra vez los escalones, luego vuelta de nuevo á los corredores en rampa que suben dulcemente con peldaños apenas señalados por franjas de piedra. En uno de esos trozos nos detuvimos, asaltados por una sospecha horrible.

—Estos escaloncillos que apenas se distinguen— preguntamos al sargento—¿se cuentan entre los cuatro mil?

—¡Oh! No, señor—repuso con despiadada sonrisa el bravo jovencillo.

—¡Pues entonces no los subamos!—gritamos nosotros.—¡Nos han engañado! ¡Estos no entraban en el contrato!

Pero una humilde resignacion sucedió bien pronto á aquel ímpetu vano de despecho, y volvimos á hollar la inexorable escalera con los piés. Sudábamos como gañanes y respirábamos como fuelles. Por las barbacanas herían nuestras costillas soplos de aire helado que hacían correr calofrios malditos bajo nuestra piel. De vez en cuando ofánesonar bajo los piés, los tablones de un puente levadizo colocado allí para cortar el camino á los invasores, en el caso de una defensa desesperada en el interior.

Sobre nuestras cabezas, á lo largo de la bóveda, corría el hilo del teléfono que trasmite las órdenes del comandante á la guarnicion de los fuertes superiores. A derecha é izquierda se encontraban enormes anillas de hierro clavadas en los muros gigantescos, para hacer pasar las cuerdas con las cuales arrastraban hácia arriba los cañones, aun los de mayor calibre, con una gran rapidez.

Pero nosotros no hacíamos gran caso de todo esto, ocupados como estábamos en regular sábiamente nuestra agitada respiracion. Teníamos una bala de cañon de á doce atada á los piés y las rodillas temblaban con movimientos curiosísimos de gozne destornillado, en los cuales no tenía la más mínima parte nuestra facultad volitiva. En muchos puntos, la escalera estaba deshecha en largos trozos y el suelo lleno de cascote y piedras, entre las que era preciso afianzar los piés para no dar un tropezon que nos hubiera quitado la pluma de la mano por un trimestre.

Aquí y allá parecía que la escalera se condolía de nosotros, los escalones se ensanchaban: se subía por algunos minutos cristianamente. Pero despues, á una revuelta empezaba de nuevo la escalinata de patíbulo que nos rompía las articulaciones de las piernas. Pedazos de escalera había que hubieran

llegado en línea recta á los techos de uno de los más altos edificios de Nápoles, así como había tramos cortos, pero en cambio quebrados, oscuros, malignos, que resultaban más largos que los otros.

¡Y qué bien combinado estaba todo para hacer un martirio del ascenso! Hubiéramos querido descansar un poco de vez en cuando; pero las barbacanas abundaban tanto, que en cualquier punto que nos detuviéramos, se nos venía encima una bocanada de aire otoñal, que murmuraba á nuestros oídos:

—¿Qué deseais? ¿Una fluxion á la boca? ¿Un reuma á los riñones? ¿Una pulmonía? ¿Un accidente?

Y nos empujaba hácia arriba con violencia. Y nosotros, arriba, adelante siempre, con las piernas de plomo, con cien riachuelos deliciosos que se cruzaban por la espalda y el pecho, y con la cabeza inclinada, como los enfermos de amor.

Acudian á mi cabeza los recuerdos de aquel estúpido sueño del padre Dombey en la célebre novela de Dikens, cuando sube la escalera de su casa durante horas y horas, y se encuentra siempre en el mismo sitio, y de cierta agua-fuerte, de Goya, si no me engaño, en que está representado un jo-